

"Buenas noches, mamá"
y "Háblame de Laura"

Personajes contra la pared

Juan Andrés Piña *SS*



"Háblame de Laura": quizás la obra más desgarrada y arriesgada de Wolff

Una extraña casualidad hizo coincidir en la cartelera santiguina dos obras de distinto pelaje y origen, pero con personajes comunes: madre e hijo (o hija), que se revuelven solitarios sobre el escenario, en una seguidilla de encuentros y desencuentros que les revelará su auténtica condición. La primera obra es *Buenas noches, mamá*, de la autora norteamericana Marsha Norman, que ganó en 1983 el Premio Pulitzer y que provocó algo parecido a un remezón al momento de su estreno en Nueva York. La otra es *Háblame de Laura*, del chileno Egon Wolff, estrenada por la Universidad Católica.

No es casual el revoloteo producido en varios países a propósito del estreno de *Buenas noches, mamá*: su estilo revive lo más depurado del teatro realista psicológico norteamericano y de alguna manera trae el recuerdo de sus grandes momentos en la década del 50. Teatro verbal y directo, su sencilla y ajustada forma acarrea, en cambio, un tema delicado y complejo. Thelma (María Cánepa) y su hija Jessie (Ana Reeves) comparten su hogar en las afueras de alguna importante ciudad norteamericana. Divorciada, con un hijo presuntamente delincuente y epiléptica, Jessie sobrelleva una rutina doméstica sin salir del hogar. Propietaria de una inteligencia fría y a ratos lúcida, Jessie informa una noche a su madre que en un par de horas se suicidará. La incredulidad, luego el asombro, en seguida el horror y finalmente la resignación no son sólo las reacciones de Thelma, sino también del espectador.

La hora y cuarenta minutos que dura la obra es una progresiva introspección al pasado de Jessie, las afectuosas relaciones con el padre ya fallecido, las frustraciones cotidianas y el sinsentido de la faena doméstica. Lentamente, Jessie explica las razones de su suicidio a través de una metáfora hermosa y terrible: si alguien va en un autobús, acalorado e incómodo, resiste la tentación de bajarse, porque faltan cincuenta cuadras para su destino. Pero si ese destino o paradero no existe, no hay razón para no descender de inmediato. Este parlamento —una suerte de clave en *Buenas noches, mamá*— coloca de relieve el tema profundo de la obra, más allá del problema del suicidio, único importante para la filosofía, según Camus. Jessie, en rigor, no va a ninguna parte, arrastra una inmensa soledad, no sirve para nada mínimamente laborable que no sean los trabajos hogareños.

Con ligeras reminiscencias de Nora en *Casa de muñecas*, Jessie toma una determinación que le devuelve el centro de su autonomía y a través de la muerte define su propia vida. Feministas de varias partes, atentas a que sobre el escenario sólo hay dos mujeres, quisieron ver en la obra un desesperado grito femenino, una temática exclusivamente relativa a ese sexo. Pero Thelma y Jessie encarnan una angustia colectiva que sobrepasa las puras fronteras de su condición de mujeres. Al fondo del escenario está

siempre la puerta del dormitorio de Jessie, donde se descerrajará un tiro: es la muerte al final de un camino, por la cual la protagonista opta antes que los demás. El cigarrillo, único placer real para Jessie, porque siempre brinda lo que se espera de él, no es suficiente razón para atarla un tiempo más a la vida.

Buenas noches, mamá está colocada en un marco realista. Incluso el tiempo real de la representación es el mismo que el de la historia: un reloj en la pared se encarga de recordarle esta exacta simetría al público. Sobre esa base realista y sobre el tratamiento íntimo de los personajes, la representación del grupo Pequeño Teatro se ajusta adecuadamente al original, gracias a la dirección de Fernando González y al desempeño de la pareja de actrices. En su género, verbal, naturalista y de temática existencial, *Buenas noches, mamá* es un espectáculo sólido y convincente, casi un teatro de cámara para oídos atentos.

IMAGINERIA VERBAL

Háblame de Laura enfrenta, en cambio, a una madre y su hijo, en este caso en una atmósfera ensoñadora y casi mágica. Alberto (Héctor Noguera) es dependiente de una zapatería en el centro de la ciudad, sumergido en una rutina asfixiable que sólo

vencerá imaginando escenas de incontrolada violencia, de frenesí sexual o incontenible ternura. Vive —sobrevive— con Cata (Gloria Munchmeyer), en términos reales su madre, pero metafóricamente su esposa, su amante y su amiga. El universo dentro del que Alberto se desenvuelve es su propia imaginación, único recurso para paliar una existencia pobretona y chata. Su imaginación verbal le hace inventar fantásticas escenas: la hija del odioso dueño de la zapatería es violada en el propio recinto o un compañero de trabajo destruye un baño completo en un ataque de epilepsia. Incluso se ve a sí mismo orinando aplicadamente en el tiesto de basura de su jefe.

La dependencia del amor materno —Alberto añora el útero donde vivió nueve meses—, que le impide crecer alas y volar, es el comienzo de un personaje que se ahoga en una vida sin sentido, que nunca encontró el motivo de su propia existencia y que patalea desesperado. La ambigüedad del trabajo de Gloria Munchmeyer (madre-esposa) no es casual, sino deliberada, porque su relación edípica será simultáneamente la condenación y el consuelo de Alberto. Ya en *Mansión de lechuzas* (casa materna, útero protector), Wolff había insinuado esta dependencia, que posteriormente deriva hacia la búsqueda de lo autén-

tico como forma de realización personal y a la lucha que establecen aquellos seres puros, contra los personajes llenos de artificios (*Flores de papel*, *Los invasores* o *La balsa de la medusa*).

En *Háblame de Laura* nada sucede, dramáticamente hablando. Es quizás la obra más desgarrada y arriesgada de Wolff, una suerte de creación en tránsito, no resuelta totalmente por la dirección de Héctor Noguera, quien inventa, en cambio, un Alberto excepcional. Aquí navega ese expresionismo ligeramente desformado del autor, junto con un surrealismo a punto de desbordarse, sin decidirse nunca qué camino tomar.

Wolff, gran fabulista y contador de historias, se restringe aquí, limitándose a bucear el fondo de su personaje protagónico, pero sin que en ese living sucedan acciones memorables. En este sentido, la obra es casi un teatro experimental o de transición hacia una forma dramática posterior. La presencia muda pero activa del televisor o esa escenografía onírica poco o nada ayudan a resolver esa indecisión original de *Háblame de Laura*. Sobreviven, en todo caso, las actuaciones de la pareja protagónica y la gran temática de otras obras de Wolff, que aquí alcanza un punto de síntesis y condensación. □